

las antiguas normas de la moralidad, aunque con las modificaciones apropiadas de la edad. Comenta:

Los siglos son como los hombres, pues pasan fácilmente de un extremo a otro: pocas veces se fijan en el virtuoso medio (18).

Para él la virtud ocupa el primer puesto en la escala de valores:

La excelencia de un siglo sobre otro creo debe regularse por las ventajas morales o civiles que producen a los hombres.

(Carta IV.)

Analiza los cambios del trato social y la moralidad reinante de los dos sexos respectivos a través de las cartas y las conversaciones de Nuño Núñez, Gazel y Ben-Beley. Criados en una cultura en la cual se asociaba tradicionalmente a la mujer con la imagen de la obediencia sumisa, el retiro y la piedad, los tres lloran la decadencia ubicua (19) de la moralidad y las costumbres predominantes, lo que describe el editor de las *Obras* como «muestras desarregladas o perniciosas costumbres» (20). Gazel, que promete a su mentor que notará todo lo que le sorprenda (21), se escandaliza muchas veces por la disipación que se estila y que caracteriza la conducta entre los sexos. Muchas cartas reivindican la adustez tradicional con que los musulmanes trataban a las mujeres (22). El moro comenta que el vestigio de respeto que queda en la península se debe a la herencia de la ocupación árabe y no, como afirmaban muchos, a la influencia del clima (23). Aunque confiesa que es posible que sus correligionarios hayan pecado de rigurosos, defiende el sistema de guardar a la mujer

(18) «Noticias pertenecientes a esta obra», *Obras*, I, p. 214. Véase también las cartas IV y XI; en ésta dice: «Esta libertad en el trato que tanto te hechiza es como la rosa que tiene las espinas muy cerca del capullo. Sin aprobar la demasiada rigidez del siglo XVI, no puedo conceder tantas ventajas a la libertad moderna.»

(19) Cadalso se mostraba conforme con el concepto de «menosprecio de Corte y alabanza de aldea». En la Carta XXIX, nota que las costumbres de las provincias son más puras que las de la ciudad. La misma filosofía constituye el tema central de la *Carta a Augusta*.

(20) *Prólogo*, *Obras*, I, p. II.

(21) *Cartas marruecas*, Carta I.

(22) En sus *Lettres Persanes* (XXXVIII), Montesquieu discute la noción que las mujeres estaban sujetas a los hombres por derecho natural.

(23) Esta teoría aparece varias veces en las *Cartas marruecas* (véanse las cartas III, XXVI y LXXVI). El jesuita Paz notó que en los países calientes los habitantes estaban «inclinados a la lascivia» (*La virtud en el estrado*—Madrid 1781—, p. 98). M. Thomas, de la Academia francesa, observó lo mismo, explicando así el rigor correlativo de la ley: «En aquellos países templados, donde los ardores más remisos dexan á los deseos mayor confianza en las virtudes, no han sido privadas las mugeres de su libertad; pero la severa legislación las ha colocado, en quasi todas las cosas, baxo la dependencia. Al principio fueron condenadas al retiro, y separadas tanto de las diversiones como de los negocios: después quisieron los hombres insultar á su razon mediante una larga tutela.» (*Historia, ó Pintura del Character, Costumbres, y Talento de las Mugerres en los Diferentes Siglos*. Traducido por Alonso Ruiz de Piña, Madrid, 1773, pp. 5-6.)

«bajo muchas llaves» como señal de respeto por su persona y preocupación por su virtud (24). Los dos, el moro y el cristiano, están de acuerdo en que este *modus vivendi* es preferible a la disolución europea (Cartas X y XI) (25).

En la Carta X, Gazel describe una reunión en una casa donde los invitados de ambos sexos tuvieron que aguantar una arenga, dramáticamente representada y a menudo inteligible, de un joven que manifestaba un sumo desprecio hacia las mujeres. Una vez libre de su presencia, el moro preguntó a una mujer que estaba a su lado que quién era el hombre, y ella le describió como uno de una casta nueva de bárbaros, que acababan de invadir España y que rápidamente habían establecido una hegemonía nociva. Antes de esta incursión, le explicó la mujer, la situación había sido distinta:

... las mugeres, un poco más sujetas en el trato, estaban en más alto grado de estimación: viejos, mozos y niños nos miraban con respeto; ahora nos tratan con despego. Eramos entonces como los dioses Penates que los gentiles guardaban encerrados dentro de sus casas; pero con suma veneración: ahora somos como el dios Término, que no se guardaba con puertas ni cerraduras; pero quedaba en el campo expuesto a las irreverencias de los hombres, y aun de los brutos (26).

Esta actitud se manifiesta en la forma de hablar de un joven militar que preguntó a Gazel que cuántas mujeres tenía éste en su serrallo. El soldado luego pasó a enumerar las victorias de su «valor» y se jactó del éxito de su táctica y su estrategia hacia las mujeres. El moro observa que en su propio país la poligamia está no sólo autorizada por el gobierno, sino mandada por el dogma del Corán, mientras que en Europa, donde está expresamente prohibida por la Iglesia, está sancionada por la costumbre, añadiendo que ninguna serie entera de emperadores turcos o persas, conocidos por sus grandes serrallos,

(24) Véase también la carta II de las *Lettres Persanes*, de Montesquieu. Ponz consideró que los celos, y no el respeto, ocasionaban esta severidad. Véase su *Viage de España* (Madrid, 1776), I, p. 18. Don Eugenio, personaje de *La señorita malcriada*, de Iriarte, condenó el rigor con que los musulmanes trataban a las mujeres:

... no consideran
a las mujeres nacidas
sino para esclavas necias
del hombre, y las privan casi
del uso de las potencias. (II.v).

(25) Montesquieu discutió el mismo tema en las cartas XIX y XXVI de sus *Lettres Persanes*.

(26) *El Pensador Matritense* enfocó el problema de la misma forma: «... es preciso agradecer a los hombres, y ellos son tales, y tantas su corrupción, que miran la modestia, la virtud, la decencia, la discreción, y el pudor como trastos inútiles, y enfadosos, y tan antiguos, como el Cid. Las Señoras, que poseen estas prendas, no son de moda.» (*Op. cit.*, Madrid, 1762-67, II, p. 90.)

podría competir con el récord del joven Cortés del género femenino. El libertino, con clara satisfacción, contó que hasta entonces había evitado toda responsabilidad hacia sus conquistas, que comprendían:

Las que me tomo por asalto, las que desean capitular, y las que se me entregan sin aguantar sitio (27).

(Carta X.)

Cadalso representa la misma forma de trato en la sátira siguiente:

*Otros, al contrario, quieren
Que las niñas que nacieron,
Nazcan vivas y joviales,
Y se crien marciales,
Que, de dos ó tres vayvenes,
Entreguen sin más desdenes
Las llaves del corazón... (28).*

Un síntoma de lo grave que era la decadencia moral que tanto le preocupa a Cadalso se refleja en la actitud de la gente que vivía en ese ambiente. En una carta a una amiga que vive en Burgos, la hermana de Nuño comenta: «Mi primo ha dexado a la joven persona que él *entretenia*» (Carta XXXV; el subrayado es mío). Ella parece aceptar este concepto del trato entre los dos sexos; no le extraña en absoluto el hecho de que un hombre tenga a una mantenida, a la cual hace perder el tiempo. Para resumir, estas descripciones distan mucho del ideal, ejemplificado por los amores y galanteo del abuelo de Nuño con su abuela, trato que redundaba en la virtud de la dama, el valor del galán y el honor de los dos (Carta XI).

Hay que reconocer que Cadalso dirigía su crítica no sólo a la sociedad en general, sino a ciertas personas en particular, es decir, a sus conocidos y amigos. En una carta a Iriarte, escrita a finales de 1773 o a principios de 1774, pinta a Meléndez Valdés como «mozo algo inclinado a los placeres mundanales, a las hembras, al vino y al campo, y sobre todo afecto con demasía a estas cosas modernas» (29). De la misma forma, caracteriza a Francisco Salinas de Moñino, sobrino de Floridablanca, a quien conoció en el bloqueo de Gibraltar, como «desordenado en mujeres y juego» (30). Según cuenta en sus *Memorias*,

(27) Feijoo hizo unos comentarios perspicaces sobre este tipo de persona en su discurso «Remedios del Amor»: «... los que frecuentemente inculcan semejantes invectivas contra las mugeres, son los que apenas aciertan a apartarse jamas de ellas, unos juvenes charlatanes, y bufones, sin juicio, sin entendimiento, sin modestia, que en todos tiempos, y lugares, con los ojos, con las voces, con los ademanes, están publicando su desordenada inclinación al otro sexo.» (*Teatro Crítico Universal*, Madrid, 1736, VII, p. 393.)

(28) «Sobre los varios méritos de las mugeres», *Obras*, III, p. 99.

(29) *Escritos autobiográficos*, op. cit., p. 76.

(30) *Ibid.*, p. 32.

Cadalso le tenía gran amor y se sentía proyectado en él, al reconocer en Salinas de Moñino fallos que él mismo había tenido en su juventud (31). Perdonaba los excesos exuberantes de la juventud (32), siempre que hubiera otras características para compensar, tales como el don literario de Meléndez o la franqueza, la honradez y las demás buenas prendas de Salinas, a las que alude.

El filósofo concluye que los motivos de la disposición endémica proceden de la asimilación de las costumbres de otros países:

La mezcla de las naciones en Europa ha hecho admitir generalmente los vicios de cada una, y desterrar las virtudes respectivas.

(Carta IV.)

Censura, sobre todo, el libertinaje de Francia, opinión compartida por muchos, pero negada por otros (33). La corresponsal desconocida, que se deleita en el nuevo espíritu llevado por el aire desde el otro lado de los Pirineos, proporciona un ejemplo elocuente de lo que vitupera el autor. Ella se describe a sí misma como devota del «pasatiempo» francés de la coquetería, es decir, el engaño (Carta LXXVI) (34). No obstante, se queja de haber topado con algunos obstáculos, debido, principalmente, a las diferencias esenciales de las dos naciones. Dice que mientras un francés, al darse cuenta de que la mujer a quien cortejaba era una coqueta, la dejaba sin problemas, un español reaccionaba de una forma totalmente distinta:

Los españoles son más formales en esto de enamorarse; y como ya todo antiguo aparato de galanteo, obstáculos que vencer, dificultades que prevenir, criados que cohechar: como todo esto, digo, se ha desvanecido, empiezan a padecer desde el instante que se enamoran de una coqueta; y suele parar la cosa en que el amante, luego que conoce la burla que le han hecho, se muere, se vuelve loco, y a buen librar, piensa en ausentarse desesperado.

La ninfita se jacta de los muchos neófitos del amor que han sido sacrificados en los altares de su templo de una forma que recuerda

(31) Confiesa en las *Memorias* que después de la campaña de Portugal ocupa su tiempo en «Mesa, juego», amores y alguna lectura» (*Escritos autobiográficos*, p. 10) y Jovellanos confirmó su éxito con las mujeres en su poema «A Mireo, Historia de Jovino».

(32) Los dos (Meléndez Valdés y Salinas de Moñino) tenían veinte años cuando Cadalso les conoció por primera vez.

(33) El autor anónimo del *Estrado Crítico en defensa de las Mujeres* (Madrid, 1727) compartía la opinión de Cadalso. Pero Luzan declaró en sus *Memorias literarias de París* (Madrid, 1751) que las mujeres francesas eran, en su mayor parte, modestas y virtuosas. Bourgoing, el viajero francés, reivindicó a sus compatriotas, comentando «nos femmes à leur tour sont des prudes en comparaison des Espagnoles» (*Nouveau Voyage en Espagne*, París, 1789, II, p. 302).

(34) El mismo tema surge en la obra del aristócrata el marqués de Villa de San Andrés, en la del jesuita padre Isla y en la del periodista Nifo. Recuérdese que Cadalso comentó las coqueterías de la marquesa de Escalona y satirizó su poca sinceridad en asuntos del amor.